

CAPITULO X.

LA AMISTAD.

No hay medio ni recurso despreciable para el propagador de la moral, con tal que sea lícito y adaptable a un fin tan santo y tan noble; ambas condiciones tiene la buena amistad. Y se dice *buena amistad*, porque la que no conoce otro fundamento ni otra liga que la maldad, ni es amistad verdadera ni durable. El interes, el delito, la complicidad, la avaricia, la torpeza, la simpatía, que resulta de un vicio comun ó de una identidad de viles pasiones, no son ni principio, ni medio, ni objeto de amistad. El sentimiento que de tales fuentes dimana, no será mas que el egoismo apoyado en la maldad. ¿Qué es, pues, la amistad? Es un mutuo aprecio entre dos personas que simpatizan por el concepto recíproco, que forman la una de la otra, de sus talentos, virtudes ó buenas cualidades. Este mutuo aprecio no es compatible con el vicio y la maldad, porque el amor en sí mismo es inocente y aun santo; y cuando el hombre lo desnaturaliza con sus intenciones y obras pecaminosas, ya no se llama amor, sino lascivia, impureza ó lujuria, y entre

personas de un mismo sexo no puede llamarse sino iniquidad, ficcion, engaño y mentira. Si entre los malos es dable algun género de amistad, esto será lo único bueno que tengan.

La amistad es el vinculo mas dulce de la sociedad, que excluye la envidia entre los que la profesan; predispone favorablemente a los mutuos servicios; exige del amigo la tolerancia de los defectos y faltas involuntarias; mantiene el deseo de hacerse bien y servirse los unos a los otros, y de esta manera ennoblece los sentimientos humanos, abre el camino a las virtudes, rechaza los vicios, dulcifica la vida, ayuda a la caridad y une estrechamente a los amigos para hacer el bien. No hay palabras con que ponderar el gran bien que es un buen amigo. El Espíritu Santo lo llama grande tesoro. Y si esto se dice en general, ¿cómo explicar lo que vale un amigo cristiano? El santifica su estimacion, obrando casi siempre por el santo móvil de la caridad. Él no conoce las contemplaciones mundanas de una culpable tolerancia. Él está libre de las viles lisonjas y de los miserables engaños. Él está pronto a hacer por el amigo toda clase de sacrificios. Él desea el bien de los otros como el suyo mismo, y trabajará por la salvacion de su amigo como por su propia salvacion.

¡Qué elemento tan admirable para la propa-

gacion de la moral! Nuestras convicciones y nuestras ideas las mas veces no son hijas de nuestro entendimiento, sino de nuestro corazon. El amigo tiene para nosotros una persuasion irresistible. Las personas que simpatizan, se comprenden, hasta se adivinan. Si hay dos que, confrontando, tienen distintos ó contrarios sentimientos y costumbres por la diferencia de la educacion ó por otras causas, cada una desea atraer a la otra a su partido. Aquí está la gracia, la habilidad y la firmeza del propagador en los principios de la moral y de la virtud. En no ponerse temerariamente en un peligro de ser seducido, engañado ó corrompido por un atractivo superior al suyo, y queriendo salvar a otro, se pierda a sí mismo. El médico que trata de curar a un enfermo, cuyo mal es contagioso, se precave primero del contagio, y esta debe ser la conducta del propagador. No hay por esto que temer, porque él cuenta con la justicia, la razon y la verdad que están de su parte; pero principalmente con la oracion y la gracia de Dios que lo ayudará, bendiciendo sus nobles intenciones y santos deseos.

No desconocieron los santos ni fueron extraños a los dulces sentimientos de la amistad, y en prueba se podian citar innumerables ejemplares; pero esta union de ánimos, de ideas y

de costumbres siempre les sirvió para enseñarse, corregirse, estimularse, aconsejarse, servirse y santificarse reciprocamente. La amistad cristiana, lo mismo que el amor, que tiene con ellas ciertas analogías, no se conserva solo hasta la muerte; esta seria una amistad tan efimera como es la vida. Pasa adelante: el amigo que muere cristianamente nos deja el consuelo de que, despues de poco tiempo, lo habremos de encontrar en otro mundo feliz y bienaventurado. La amistad mundana ¿qué consuelo puede tener si duró toda la vida cuando viene la muerte a disolverla? Solo la falta de fe y de religion y la sobra de egoismo é interés pueden hacer tolerable la union de amistad ó amor entre personas, que con demasiado fundamento deben temer el no reunirse dichosa y perdurablemente en otra mejor vida.

Obre pues, el propagador católico segun estos principios, y siendo buen amigo, se convertirá en un apóstol. Empleará santamente la influencia, la persuasion, la simpatía, el talento, el buen carácter, la buena educacion, la prudencia, los dulces modales y todas las dotes con que Dios lo haya adornado, y hará y llenará un tesoro de merecimientos de tantos bienes, que por considerarse del órden natural, se desaprovechan y desperdician lamentablemente.

Obre, confiado en la gracia del Señor, que para salvar a muchas almas, se ha valido de este medio; dotando por lo comun, a los varones mas apostólicos, de atractivos. de simpatia, de amabilidad, y de mil dones naturales.

CAPITULO XI.

CONSEJOS Y EXHORTACIONES.

Si de los males que por desgracia podemos hacer a nuestros prójimos, es uno de los mas graves, el escándalo, sin duda que, de los bienes que podemos proporcionarles, es el mas grande el buen ejemplo, el buen consejo y la exhortacion. El escándalo no es solamente la publicidad con que se comete un delito, sino cualquiera otra manera de inducir a otro a la culpa. Y estas maneras son muchas, y son las peores, los malos consejos y las doctrinas perversas, y sobre todo, las exhortaciones pecaminosas. El mundo no economiza estas diligencias infernales para perder a las almas; y este es el mal terrible y de consecuencias tan trascendentales é incalculables, que Jesucristo, de cuyos

labios no salieron mas que bendiciones y palabras de misericordia, fulminó las mas amargas maldiciones contra el escándalo y los escandalosos. «Es necesario, dijo, que haya escándalos; pero desgraciado de aquel que los dé ó los origine.» Todo esto se dice, aunque parezca fuera de propósito, para que se infiera por la parte contraria, cuán santo, cuán provechoso, cuán necesario es combatir este gravísimo mal, no solo con el buen ejemplo, sino tambien con los buenos consejos y exhortaciones.

Es verdad, que puesto el corazon humano entre el bien y el mal, se inclina de preferencia, y mas ordinariamente, al segundo; pero tambien es cierto, y cada uno lo habrá probado por propia experiencia, que un buen consejo que alguna vez se nos dió, viene aun despues de mucho tiempo, a producir algun resultado; porque ha quedado en nuestro ánimo como una santa semilla que germina cuando menos se espera. La desgracia, la mudanza de fortuna, la enfermedad, la vejez, la muerte de los amigos y hasta las adversidades ajenas, suelen despertar en nuestra memoria recuerdos saludables, y en nuestro corazon sentimientos nobles y virtuosos. Estos sentimientos y aquellos recuerdos, son por lo comun, frutos de los consejos paternales ó amistosos, recibidos en

otros tiempos ó por distintas causas; consejos despreciados entónces por el ardor de las pasiones, por la inconsideracion de la juventud, por el orgullo que inspira la riqueza, ó por cualquiera otro principio contrario. Así, pues, el consejo que una vez se dió, no siempre será perdido para el que lo recibe, y siempre será meritorio para el que lo dá.

El consejo en el que lo pide, es una prueba de cordura, de talento y de sabiduría santa, porque no hay mas detestable ignorancia, que la de aquel que de nada duda y cree saberlo todo. En el que lo dá, es una obra de caridad, de amor, y de un celo cristiano muy agradable al Señor, cuando esto se hace con modestia, sin jactancia y sin ridículo magisterio. Aquí es donde se palpa la dificultad de proceder acertadamente en este punto. Negarse a dar un consejo, cuando se pide, es crueldad. Atreverse a darlo sin ciencia y premeditacion, es locura. Dar un consejo con oportunidad y dulzura, es prudencia: aconsejar a mala hora y con dureza, es imprudencia. Meterse a consejero sobre todas materias, es un arrogante charlatanismo; pero reservar el propio juicio y negarse a dictaminar sobre lo que se sabe y se conoce, es egoismo ó cobardia. El consejo, se puede ó se debe dar, con mas ó ménos suavidad, con mas

ó ménos frecuencia, segun la ciencia, la edad, la superioridad del consejero; segun la ignorancia, la inexperiencia, el error, la conducta, el genio y la necesidad de la persona aconsejada; porque el talento, la prudencia y el celo, todo lo consideran, todo lo miden y todo lo combinan; y de aquí depende que los consejos produzcan felices resultados ó efectos muy contrarios a lo que se desea.

Todo lo que va expresado, se dice respectivamente de las exhortaciones, sobre las cuales solo hay que advertir, que éstas no son pedidas, como suelen serlo los consejos; que estos requieren mas talento y ciencia, y aquellas piden mas celo y virtud. Cuando todo se reune es lo mejor; pero hay personas mas felices para aconsejar é ilustrar, así como las hay inteligentes y activas para mover y estimular. Así hay tambien individuos que necesitan mas ser excitados que instruidos, y otros que, con que solo sean instruidos, ya se sienten excitados. ¡Cuán necesaria es la gracia de Dios para utilizar estas y otras muchas teorías! Cuando San Pablo decia a su discípulo Timoteo: «Insta oportuna é importunamente, reprende, ruega, arguye;» añade: «con toda paciencia y doctrina.» Tal consejo guarde respectivamente el propagador para gobernarse y normar su conducta, en mate-

ria y práctica que para ser provechosa, pide el ser muy delicada.

Mas nunca nos retraiga un vano temor. Aconsejémonos para aconsejar; exhortémonos para exhortar, y no cesemos de trabajar por estos medios en bien del prójimo. Estos son los tiempos profetizados por el mencionado santo apóstol, en que la sociedad no admite otros maestros, que aquellos que halagan el oído y lo apartan de la verdad; ocupando las potencias de fábulas; esto es, de novelas, libros que leen casi todas las clases del mundo, desechando las lecturas sólidas, y mas las espirituales y piadosas. Por lo mismo, haga el bueno y celoso propagador, cuanto esté de su parte para ganar almas a Dios, por medio de los consejos oportunos, sabios, prudentes y cristianos, y de las exhortaciones vivas, eficaces, frecuentes y caritativas. El premio lo verá en el cielo.

CAPITULO XII.

DIVERSIONES Y PLACERES INOCENTES.

Aunque no todos los medios son igualmente eficaces para hacer el bien, hay algunos que son bastante poderosos para evitar el mal. De estos

suelen echar mano los gobiernos sabios y justos a fin de proporcionar solaz a los pueblos, y separarlos de las diversiones y gustos bárbaros que los encruelecen y no los ilustran. Tambien el propagador debe saber distinguir y calificar estas varias clases de diversiones, y valerse de las que nada tengan de malo y sean al mismo tiempo agradables; a fin de apartar al amigo ó al pariente, ó al prójimo, de placeres y diversiones perjudiciales; no con una oposicion diametral, que exaspera, sino con un disimulado y gradual desvío, que va insensiblemente apartándolo de un mal camino y dirigiéndolo por otro recto, llano, fácil, seguro y hasta ameno.

Todas las diversiones del mundo quieren apropiarse esta cualidad de inocentes; y lo que con mas frecuencia sucede, es, que las mas sencillas se contaminan por mil circunstancias, que las hacen peligrosas y aun notoriamente reprobadas. Si en el teatro, por ejemplo, no se hiciera mas que representar decentemente las escenas de la vida ó los trágicos acontecimientos de la historia, ú otros argumentos que no abrieran los ojos a los niños, ni exaltaran las enérgicas pasiones de los jóvenes, no habria diversion ni mas honesta, ni mas agradable, ni mas conveniente para dulcificar las costumbres populares y para morigerar una sociedad. Pe-

ro por desgracia, es todo lo contrario. El teatro es costoso; por lo mismo, es solo para ciertas gentes que tienen, ó que juegan, ó que empeñan sus pobres alhajas en el montepío, para abonarse, tal vez por un espíritu de vanidad, mas bien que de diversion. En el teatro se exige especialmente a las señoras, un lujo dispendioso, cuyos caprichos no puede sostener ningun capital; mucho ménos, cuando las damas no quieren aparecer dos veces con un mismo vestido. Esto se queda para soberanos; para la gente comun trae muchos pecados. En el teatro, si la pieza de representacion ó de canto, es inocente y no es el crimen disfrazado, excusado, atractivo, simpático y hasta canonizado, los accidentes, los equivoquillos, las alusiones, los abrazos, las bufonadas, el baile y otras cosas, vienen a causar los aplausos, las peticiones de repeticion, el alarde que cada uno hace de comprender y celebrar la maldad. A más de esto, la murmuracion, el escándalo, las riñas, los piropos a las cómicas, y allí los desafios y los asesinatos. ¡Oh! perdónese esta digresion, porque sin querer se desliza la pluma, y se desliza hasta el dia del juicio, si se hubiera de decir todo.

El capitulo promete hablar de diversiones inocentes. Se supone, que no son las corridas

de toros; triste herencia que nos dejaron nuestros padres los españoles y que la Iglesia ha censurado de distintos modos. No lo son los juegos de cartas y de azar con que celebran especialmente en los pueblos lo que se llama feria, y muchas veces, ó en muchas partes, se equivoca ó se junta con las fiestas eclesiásticas del pueblo. No lo son los que los pobres llaman fandangos y los ricos bailes; porque en unos y otros hay mas ó ménos peligros, desórdenes, disgustos, riñas, embriagueces, impurezas y maldades. En fin, no es diversion inocente, aquella en que el cristiano gasta lo que no debe ni puede moralmente; en la que peligra la honestidad, la caridad, la decencia, la paz y la conciencia; y estas son las mas comunes diversiones de que ha de procurar el propagador apartar á sus semejantes.

Entremos por fin a hablar de las diversiones y placeres que por inculpables se pueden llamar cristianas. Todas las diversiones que proporcionan la óptica, como dioramas, cosmoramas, fantasmagorías y demás, ¿quién las puede acriminar? Las representaciones escénicas de las familias, de los colegios, entre personas conocidas, ¿qué mal pueden tener? Los paseos, los ejercicios gimnásticos, los juegos de bolos sin interes, los dias de campo sin glotonería ni em-

briaguez, ¿a **quién** se le pueden prohibir? La equitacion, la natacion, la caza, sin vicio, los juegos de cartas **que** son decentes y en que no se expone cantidad notable, como el que se llama tresillo, ¿**qué** mal pueden ocasionar? Al contrario, pueden **ser** estas diversiones ocasion muy oportuna **para** atraer a un extraviado, retraerlo de la maldad, ganarle su confianza, inspirarle simpatía, **y** de esta y otras maneras facilitar, allanar **y** **abreviar** el camino de su conversion a mejores **ideas** y costumbres.

Así es como se **entiende** que los placeres lícitos, los juegos **inocentes**, las diversiones permitidas pueden ser **vehículos** utilísimos, no solo para apartar a los **hombres** del mal, sino aun para hacerlos **venir** voluntaria y dulcemente al bien. Así lo **entienden** los buenos padres de familia; así los superiores prudentes; así las autoridades verdaderamente liberales y por lo mismo cristianas. Así, en fin, deben comprenderlo los propagadores de la moral, a quienes una y mil veces se recomienda que no la hagan insoportable por intolerancia, por rigidez, por imprudencia, **ó** por un celo farisaico.

PARTE TERCERA

DE LAS CLASES DE PERSONAS ENTRE QUIENES SE PUEDE Y DEBE PROPAGAR LA MORAL CATÓLICA.

CAPITULO I.

LOS NIÑOS.

Es necesario no ser cruel al juzgar a nuestra pobre humanidad. Es verdad que son muchas y fuertes las inclinaciones al mal. Es evidente que entre los hombres abunda mas la mentira que la verdad, la injusticia que la equidad, el capricho que la razon, y el vicio que la virtud. Pero seamos misericordiosos con nuestros hermanos y con nosotros mismos. La naturaleza humana nunca ha perdido los rasgos de la imágen divina que se le imprimió en la creacion; siempre ha conservado y conserva con su